

de la Galicia para la Nueva-España; decían ser la tierra tan pobre, que no se conocía el oro ni la plata, que únicamente podría servir para cultivarse; pero que para ello necesitaban tener primero eria de ganado y caballada, lo que era difícil conseguir por la multitud de indios que se lo comían, y aun sin comérselo, lo mataban por solo hacer daño; que los indios, con la libertad que les había dado, ya no servían á sus encomenderos, por lo que no era dable sujetarlos. Llegó á tanto el conflicto, que ya los soldados á cara descubierta se negaban á obedecer á sus capitanes, y al teniente de gobernador, quien con ánimo invencible y admirable prudencia sobrellevaba el tumultuario rumor, contenía á los que precipitados intentaban salirse de la ciudad; decíanles que no era tiempo, por estar tan cerrados de enemigos, que apenas podían moverse, y no sería bien muriesen infamados á manos de sus contrarios, y esto con mas certidumbre que de mantenerse fortificados en la ciudad que habían jurado no desamparar. Otros decían que solo podían conservar las vidas, congregándose en la ciudad las fuerzas, y que para ello debía el teniente de gobernador, mandar se desamparasen las villas de Culiacan y Purificación, y aun la ciudad de Compostela, puesto que en fábricas tenían poco que perder, y que todos poblasen en Guadalajara, desde donde despues podían ir pacificando y poblando la tierra, porque dispersos y en tan largas distancias, sin duda perecerían.

8. Afligido se hallaba Oñate, sin cuyo embargo, como era discreto, prudente, aper-

sonado, bien hablado y de grande resolución, les hizo cargo del empeño de sus honras, y les persuadió á que tolerasen, esperando en la Divina Magestad el remedio; que ¿qué se diría de tan bastarda cobardía? y que tuviesen presente que no se ganaba la honra con emprender facciones, si no se llevaban hasta el fin; que ya despachaba á la ligera á México á Diego Vazquez de Buendía, á pedir socorro; que entre tanto lo que convenia era reposar con las armas en la mano; que él sería el primero que hiciese cuartos en las velas, y que estuviesen entendidos que á su lado tenia capitanes y soldados de tanta honra, que aunque él quisiera desamparar la ciudad, no se lo permitieran, pues no dudaba que si examinara de uno en uno á todos los de la ciudad sobre este punto, había de sacar en limpio no tener origen la propalada infamia que en confusas voces llegaba á sus oídos, de intentar desertar de la ciudad; y que tan cierto estaba en su dictámen, que allí, en público, daba licencia para que cada uno expresase su sentir. «¿Qué decís, señores, será bien desamparar la ciudad, y conseguir las vidas por medio de una vituperable fuga, ó morir conservando el buen nombre que acredite nuestra constancia? A una voz todos respondieron: que primero morir que desamparar la ciudad, si no fuese por fortalecerse en lugar mas á propósito, dentro del mismo reino de la Galicia;» con lo que Cristóbal de Oñate, dando á todos las gracias de su resolución, aquietó los ánimos, de suerte que de allí en adelante cada soldado era animado de los otros.

## CAPITULO XXIV.

Llega el Adelantado Alvarado al puerto de la Navidad con su armada; pídele socorro Oñate y lo ofrece; muere á manos de los indios el V. P. Fr. Juan Calero cerca de Etzatlan, cuyo cuerpo se halla incorruo y oloroso, y le entierran en la iglesia de Etzatlan á los siete dias.

1. Por este tiempo, el Adelantado Pedro de Alvarado, en virtud de capitulaciones con su Magestad, para entrar con armada al descubrimiento de islas y tierras nuevas, como la China y California, formó su armada en el realejo de Guatemala, y con ella llegó al puerto de la Navidad á hacer agua y abastecerse, para proseguir su viaje, con cuya noticia, D. Juan Fernandez de Híjar, á cuyo cargo estaba la villa de la Purificación en aquellas costas, le dió noticia del conflicto en que se hallaba el reino todo, el destrozo que hicieron los indios del Mixton, la imposibilidad de socorrerse unos á otros, por ser pocos y en largas distancias; que aunque D. Nuño de Guzman había entrado en el reino con quinientos castellanos, solo de la villa de Culiacan se habían salido mas de ciento; y que eran tales y tan inquietos y crueles en el trato de los indios, que había quedado sin ellos la tierra mas segura: que cincuenta habían salido de órden de Guzman, á pacificar cierta rebelion de los indios de Etzatlan y Tequila, y despues de que hicieron lo que les mandó, se salieron del reino por Colima, y prosiguieron para el Perú, por el buen nombre de sus riquezas; que el capitán Chirinos se había vuelto para Mexico, con veinticinco hombres, y ocho mil indios mexicanos y tarascos, que habían librado de la peste; que treinta y sie-

te hombres que tenían poblada la villa de Espíritu Santo, en Chametla, la habían despoblado con licencia de D. Nuño, y se habían salido de la tierra; que cuando D. Nuño salió del reino, le habían acompañado treinta de sus camaradas; que Juan de Oñate y otros, temerosos de la residencia que había de tomar el Lic. Diego Perez de la Torre, se habían ido al Perú; que Francisco Vazquez Coronado, había llevado á algunos soldados é indios amigos, al descubrimiento, en que de órden del virey andaba; y que así, solo se hallaba la Galicia con doscientos hombres, tan distantes unos de otros, como se dejaba entender, y que aun de estos, ya eran muertos diez en el Mixton.

2. Oído por Alvarado lo referido, tuvo á buena suerte haber llegado á tiempo de que su nombre fuese mas conocido, mediante el socorro que prometió dar; y como era hombre de tanta resolución, le pareció que debía por el gobernador haberse estrechado mas á los indios, hasta desbarrarlos; y así, determinó pasar á providenciar lo conveniente, para castigarlos y dejar quieta toda la tierra. Juntó á sus capitanes, á quienes expresó haberseles ofrecido un negocio de gravedad: que la Galicia estaba toda alzada, y podía temerse cojiese tanto cuerpo la rebelion, que toda la Nueva-España peligrase: que en ninguna cosa

podria mejor emplearse el valor, que en el socorro de aquella necesidad; que tiempo queria para seguir su derrota. Todos convinieron gustosos y comenzaron á aprestarse, á tiempo que llegó un expreso de la Nueva-España, de D. Antonio de Mendoza, en que le ordenaba se viesen; por lo que á la ligera se puso en camino, y en breve tiempo se vió con el virey, con quien se concertó para pasar con su armada por la costa del mar del Sur, á dar socorro á Francisco Vazquez Coronado, que entendia en la jornada de Tzibola.

3. Volvió Alvarado al pueblo de Tzapotlan, que es uno de los de las provincias de Ávalos, en donde formó su real por estar mas cerca de Guadalajara, y poder mas prontamente socorrerle, puesto que ya con solo su arribo al puerto de la Navidad habia sido suficiente para que se aquietasen los indios texoquines, y otros que inquietaban á los de Compostela y villa de la Purificacion, por estar dicho puerto de la Navidad vecino á estas dos poblaciones; pero como el contagio del alzamiento habia sido general, estaban los mas pueblos conmovidos; y así, los indios de Ameca y Tequila, quemaron las iglesias y negaron la obediencia á los religiosos; y el P. Fr. Juan Calero, que habia trabajado en instruirlos, lastimado de ver perdido el trabajo de su predicacion, lleno de fervoroso espíritu, pasó al pueblo de Etzatlan, en donde residia el P. Fr. Antonio Cuellar, su superior, y le pidió bendicion para subir á la sierra á bajar á los alzados; y no dudó dársela, por ser una obra tan heroica, y con ella se abroqueló con la imágen de un crucifijo, y á pié y descalzo subió al monte y les afeó el hecho de su alzamiento; prometiéndoles les alcanzaria el perdon de las muertes que habian hecho en algunos españoles é indios amigos; persuadiéndoles ser el demonio el ído-

lo que habian levantado, quien no trataba de otra cosa que de engañarlos para su perdicion; por lo que, enfurecidos, quisieron matarle, y le dijeron lo harian si no se iba, que ellos sabrian lo que les convenia.

4. Conoció el padre ser en aquella ocasion su predicacion infructuosa, y así determinó volverse, y luego que se apartó de ellos, una india vieja comenzó á llorar, diciéndoles á los indios, que cómo esperaban conseguir victoria, si permitian que aquel religioso maltratase á sus dioses, y no se vengaban; que cómo les habian de favorecer; lo cual, hablando con demostraciones de lamentos, los que oyeron los indios, y al punto, excitados de tan diabólica exhortacion, fueron en alcance del bendito padre, enarcando para tirarle flechas y piedras; y viendo nuestro Fr. Juan Calero tan descompuesta accion, se puso de rodillas, dió gracias á Dios por la merced que le hacia, y con alegre semblante, dijo á los indios: «ojalá y en mi muerte consistiera el que vosotros diérais crédito á la verdad que os predico; en nada estimo la vida, y de buena gana la ofrezco, con tal que os convirtais á Dios.» Y estándoles diciendo estas y otras palabras llenas de espíritu, le flecharon los bárbaros, de suerte que llegó á caer en tierra, y con unas porras, que eran unos palos muy sólidos y gruesos en su extremidad, le quebraron la dentadura, y le dieron tantos golpes, que bastaron para quitarle la vida, el dia diez de Junio del año de quinientos y cuarenta y uno, primer dia de Pascua de Espíritu Santo. Cuatro indizuelos que al padre acompañaban, de los mas domésticos, que le ayudaban á decir misa, los tres se abrazaron del padre llorando, como para defenderle, y el otro, que era el mayor, se puso en fuga para Etzatlan, y los tres murieron á golpes de los indios.

5. Llegó la noticia á Etzatlan, y llenó

de confusion al pueblo, llorando la muerte de religioso tan amable, y temiendo acometiesen, trataron de fortificarse para la defensa, porque daban los indios sus asomadas, hasta que el dia 15 salió el capitan Diego Lopez de Zúñiga, y otros soldados é indios, y fueron al puesto, donde hallaron el cuerpo del bendito padre, desnudo,oloroso y sin corrupcion alguna, estando los tres indizuelos desechos y comidos de animales: lleváronles al pueblo de Etzatlan y los enterraron, teniendo ántes el cuerpo de dicho padre dos dias velándole, y consolándose con su presencia, llenando de admiracion á todos los indios y demas que le conocian, aun despues de muerto, por no estar desfigurado.

6. Continuaron los indios en su general alzamiento, sin embargo de que el P. Fr. Antonio de Segovia (apostólico varon de los que fueron en la segunda barcada de religiosos, y prelado de los que andaban en la Galicia), desde el pueblo de Tetlan salia á aquietar la rebelion, andando de pueblo en pueblo, exhortándoles á que perseverasen en la fé que habian profesado, y en la amistad de los españoles; y viéndose D. Cristóbal de Oñate acosado por todas partes, y con la noticia de hallarse en el reino el Adelantado D. Pedro de Alvarado, determinó se le escribiese por el cabildo y regimiento de Guadalajara y por él, pidiéndole socorro: nombróse al capitan Juan de Villarreal para la embajada, quien en breve se puso en Tzapotlan, y avisado el Adelantado, salió á la puerta, al tiempo que alzando la visera Villarreal, sin desmontar, le dijo: «Sea V. S. bien hallado; estas cartas vienen escritas con lágrimas de afligidos; son del gobernador interino del reino de la Galicia Cristóbal de Oñate, y del Consejo y regimiento de la ciudad de Guadalajara: por Dios y por el servicio que hará

V. S. á su Magestad, le requiero socorra aquel reino y aquella ciudad, porque de no, se pierde todo; y esto con brevedad, señor.» Recibió las cartas Alvarado, y dijo: «harélo, hidalgo, con mil amores, idos á descansar miétras respondo á estas cartas.» Hizo junta de guerra, y en breve se resolvió la materia; y al dar las cartas á Villarreal, le expresó: que de su parte dijese á todos aquellos caballeros, que gustoso pasaba á servirlos, y tan breve, que podia ser que llegasen á un tiempo; que depusiesen el temor, pues ya él iba, y supiesen que primero le faltaria la vida, que él los desamparase. Luego al punto nombró un capitan, para que con cincuenta soldados pasasen al pueblo de Autlan, para que estuviesen prontos al socorro que se necesitase en la villa de la Purificacion; otros cincuenta dejó en Tzapotlan; veinticinco puso en Etzatlan; y otros veinticinco en la laguna de Chapala; y en Tonalá otros veinticinco, y cien hombres llevó consigo á Guadalajara, dejando el resto de los trescientos que traia, en conserva de la armada en el puerto.

7. Luego que Cristóbal de Oñate hubo pedido el socorro al Adelantado, mandó que Miguel de Ibarra, con algunos soldados, pasase á Teocualtichi, y sus sugetos (que eran de su encomienda), y reconociese el estado en que se hallaban. Llegó al pueblo, y lo halló sin gente, y disimulando el concepto de alzados, mandó llamar á los caciques y principales, diciéndoles: que allí estaba, que le llevaran á comer: mas los indios no quisieron disimular, antes sí, despechados respondieron: que ya se podia ir á Castilla, que ellos estaban en su tierra; que si querian se les diese de comer, lo trabajasen ó fuesen al Mixton, que allí los regalarian como á sus compañeros: volviéles Ibarra á requerir, diciéndoles: que mas que no les dieran de comer, que solo pre-

tendian su amistad; y que pues ya eran cristianos, y tenían dada la obediencia al rey, que bajasen de paz, y se les perdonaría por su Magestad aquel alzamiento, y que de no, se les haría cruda guerra: á que respondieron, hiciesen lo que quisiesen, que ellos se defenderían. Salió Ibarra con sus soldados, y apartándose un poco, llegó á un rancho, en donde los principales indios estaban fortificados, y hablando con los caciques á quienes conocía, les requirió con la paz y les amenazó con la guerra: ellos se reían y decían; si tan valiente sois, ¿cómo os fué en el Mixton? Ibarra les respondió, que solo á traición pudieron cantar la victoria; que en breve vendrían de México otros muchos soldados, que los tratarían como merecían: á que los indios, con el seguro de no ser los soldados más que ocho, y ellos muchos y mejorados de puesto, en el que no podrían los nuestros aprovecharse de los caballos, los provocaban á que saliesen, por ver si lograban el rompimiento. Viendo los nuestros la dificultad de avanzarles, se retiraron, y al mismo tiempo cargaron los indios con flechas y piedras, y cuando se creyó que por ser tantos, proseguiesen el alcance en tierra llana, al acometerles los nuestros, se volvieron á empeñolar.

8. Pasó Ibarra á Nochistlan, cuyo peñol halló reforzado con siete albarradas de dos brazadas de grueso, y de alto un estado, y en el peñol más de diez mil indios, con morriones de plumas á su usanza, capitaneados de un indio zacateco, llamado D. Diego, y otro cacique D. Francisco: mandó Ibarra le llamasen á los caciques, que tenía que hablarles, y solo bajó el D. Francisco, diciendo: «señor, ¿á qué vienes? ¿quieres que te maten como á tus compañeros? Yo estoy pronto á servirlos, porque soy amigo de los españoles; pero mis vasa-

llos me han querido matar, porque me negaba á este hecho: quien más los alienta es D. Diego el zacateco, y yo no puedo menos que porque no me maten, concurrir, porque tengo entendido, que si no dejáis la tierra, habeis todos de perecer.» Mandó Ibarra con instancia, le llamasen á D. Diego el zacateco, creyendo que por agasajo le podría reducir, y así le dijo: «¿para qué andais en estas revueltas? dejaos de eso, y bajad de paz, puesto que los españoles no os han hecho agravio; yo os aseguro que si bajáis de paz no se os hará cargo de vuestro alzamiento;» mas el indio, que ya estaba soberbio con la victoria pasada, y se veía engreído con los requerimientos blandos de Ibarra, respondió, tratándole á él y á sus soldados con imperio: «sois unos barbudos, bellacos y calabazos (que es el oprobio mayor, aun hoy, entre ellos) y más lo es D. Francisco que me llamó aquí: idos presto, porque harémos que la tierra os trague; que el aire os arrebatte como á el calabazo: ¡aquí, zacatecos! ¡á el arma amigos! ¡mueran estos españoles! ¡defendamos nuestras tierras! ¡vengemos nuestros agravios! y con un alarido formidable, cuyos ecos resonaban en los valles, dispararon infinitas flechas, y acometían á descender de las albarradas, ántes que los nuestros bajasen á lo llano, que es donde deseaban los pocos soldados cogerles, y nunca los indios quisieron exponerse al peligro, ó porque no estaban todavía convocados todos, ó porque esperaban mejor ocasión. Retiróse Ibarra, y pasó á dar la noticia del mal estado del reino á Oñate, para que se fortificase más la ciudad, porque temió que en breve darían los indios en ella; á cuyo tiempo llegó Villarreal, dando razón de la prontitud con que el Adelantado iba á socorrerles, con lo que cobraron aliento.

## CAPITULO XXV.

Trata D. Pedro de Alvarado de ganarles á los indios el peñol de Nochistlan; tiene sangrienta batalla y es desbaratado; despéñase un caballo y le antecoge, y muere del golpe; llega á Guadalajara socorro de México.

1. A largas jornadas caminaba el Adelantado á socorrer la ciudad de Guadalajara; llegó á Tonalá, en donde fué recibido por los indios de Tetlan y comarcas, si no con bailes y festejos, por estar afligidos por las muertes de sus hermanos y deudos, que perecieron en el Mixton, á lo ménos con benevolencia, mostrando el agradecimiento de que fuese á socorrerlos un hombre de tanto nombre, como en el reino tenía Alvarado, ministrándole á él y á sus soldados con abundancia, lo necesario, por haberlo así prevenido Oñate: guiéronle para el paso del río, el que había crecido, por haber sido abundantes las aguas, y en canoas en breve se hallaron de la otra banda: salió Oñate á recibirle, acompañado de la justicia y regimiento de la ciudad: saludáronse con las recíprocas y urbanas atenciones debidas, á entrambos capitanes, como que eran dos de los mayores que habían militado en ambos reinos de la Nueva-España y Galicia: los vecinos y soldados manifestaban la alegría de los unos en llegar á tiempo, y la de los otros, el consuelo de hallarse socorridos: conociéronse algunos veteranos con milites, y otros deudos y amigos: fueron hospedados todos, repartidos en la ciudad á proporción de las cortas fábricas; y el Adelantado, fué á posar á la casa de Juan del Camino, como que esta-

ba casado con Doña Magdalena de Alvarado, deuda de dicho Adelantado.

2. Luego aquel día, trataron los dos capitanes de lo acaecido, y se propusieron medios para el reparo: «á mi me parece, dijo el Adelantado, no se dilate el castigo: vergüenza es, que cuatro gatillos encaramados, hayan dado tanto tronido, que alboroten todo el reino: con ménos gente de la que traigo, sobra para sujetarlos; no hay que esperar más.» Como tenía probado su valor con los indios mexicanos, los de Guatemala y otras provincias, le pareció que ya llegaba el socorro de México, y le confundía la gloria del vencimiento. Sonrojado Oñate, de que el Adelantado atribuyese á poca resolución, el mantenerse sin buscar á los indios, procuró desempeñarse, diciéndole: «no hay que tratar de eso, señor Adelantado, pues debe creerse que todos hacen su deber en lo que es de cargo: yo he procurado cumplir con el mío y en más de diez años de Nueva-Galicia, mayor dificultad tengo experimentada en conservar lo ganado, que en descubrir tierras y en vencer indios: V. S. no conoce á los de este reino de la Galicia: en la Nueva-España había ciudades, pueblos, fábricas, y los indios tenían bienes que defender: en la Nueva-Galicia, los indios son como dice V. S., gatillos, que si de una mon-